

ra Rusia y sin que la guerra austroservia se convirtiera en guerra mundial. Se equivocaron. Rusia, aunque no tenía listos todavía sus armamentos, se colocó detrás de Servia; Francia se puso inmediatamente al lado, e Inglaterra, después de algunos débiles intentos para mediar en el conflicto y allanarlo, respaldó el proceder de sus amigos, que temía de otro modo poderlos perder. Sin embargo, los políticos alemanes —el emperador estaba ausente— no poseían ni la decisión ni la habilidad para iniciar un viraje frente a la amenaza inglesa. La fatalidad siguió su curso; el 1º de agosto de 1914 estalló la guerra que Austria desencadenó y Alemania debió conducir.

Hace tiempo se ha fallado sobre la política que llevó a esa situación; nunca pudo haberse realizado una política peor. La responsabilidad de la misma cae, por el derecho y la constitución, sobre los cancilleres del Reich, y es demasiado poco decir, si se establece que ninguno de los sucesores de Bismarck estuvo a la altura de las responsabilidades que le imponían el cargo y la situación. Entre ellos hay uno cuya acción merece juicio más severo. Bernardo de Bülow, más tarde príncipe de Bülow, hizo él mismo todo lo necesario para que la posteridad le viese tal como era, después de haber sabido engañar a sus contemporáneos acerca de su actividad y su carácter. Se mostró al desnudo en las "Memorias" que dejó: hombre de estado sin ideas propias, falso y desleal en cada fibra, sin conciencia ni sentido del deber, preocupado solamente de su provecho propio, criminal de lesa patria, que finalmente no vaciló en renegar, adquiriendo ciudadanía extranjera. La fatalidad quiso, que su período oficial (1897 a 1909) coincidiera con los años preñados del sino en que se perdió la alianza con Inglaterra y se cerró alrededor de una Alemania aislada el cerco de los enemigos. Que se llegara

a tanto es la culpa tremenda que está asentada al lado de su nombre en el libro mayor de la Historia.

Pero no la lleva él solo, tiene un fiador, que no es el emperador. Guillermo II —esto está demostrado irrefutablemente—, ceñido estrictamente a la Constitución, nunca obró contra el consejo de sus ministros responsables, le sacrificó no raramente su propio y mejor criterio y ni siquiera fué siempre enterado suficientemente de los trámites de mayor trascendencia. La caución, en la equivocada política de Bülow y sus consecuencias, la prestó la nación alemana. Tenía todas las libertades, todas las posibilidades para expresar eficazmente su juicio y su voluntad, en la prensa y en el parlamento. No hizo uso alguno de esta libertad. En lugar de ejercer una crítica inteligente, la representación popular y la opinión pública tocaron más bien teclas falsas, y, en lo principal, no sólo dejaron ocurrir lo que ocurrió sino que lo han confirmado, otorgando precisamente al corruptor los mayores aplausos; lo han admirado y tomado su partido de muchas maneras, cuando el emperador se separó de él, que lo había engañado ignominiosamente y traicionado ante todo el mundo. Alemania debe culparse a sí misma de su destino; no puede desviar la última responsabilidad sobre individuo alguno.

En la vida de los pueblos se alternan las cimas y los abismos; a una orgullosa elevación sigue a menudo la caída en lo vulgar y lo insuficiente. A la gran era de la fundación del Reich, siguió también para Alemania un período de abandono en muchos terrenos; una generación más débil asumió el papel de los grandes estadistas y militares.

La sensación de poder descansar tranquilamente sobre los laureles conquistados, la riqueza y el cómodo goce rá-

pidamente adquiridos, no dejaron de ejercer una influencia adormecedora y corroyeron el carácter nacional.

También el desplazamiento de las profesiones, el veloz deslizamiento del centro de gravedad de la agricultura a la industria y al comercio, la creciente urbanización del pueblo, hicieron su parte. Los brillantes progresos en la técnica, el florecimiento de la economía, pueden generalmente engañar aún, pero a quien observa más profundamente, no puede ocultarse que la antigua solidez ha cedido y la mediocridad ha conquistado el campo.

Lo más lamentable, sin embargo, era la falta de una clase de dirigentes políticos experimentados, como poseían desde mucho antes otros países: Inglaterra en su aristocracia, Francia en su alta burguesía. El gran estado, con sus grandes problemas, era en Alemania una cosa demasiado nueva aún; la educación y el proceso cultural estaban cortados todavía a la medida de una sustancia de pequeño estado; por esta razón la ciencia política estaba demasiado poco difundida en el pueblo; tampoco la burocracia, por su naturaleza, se encontraba muy inclinada a un concepto político y, además, estaba demasiado imbuída de ideas y costumbres añejas para erigirse por sí sola como dirigente oportuna.

Se explica así, que la Alemania de 1890, que acababa de ver actuando a todo un Bismarck, no produjera ningún estadista y pudiera equivocarse tan grandemente en los asuntos del estado. Sabía realmente demasiado poco de política.

¿Qué significaban, pues, los monumentos y los discursos solemnes, con que se acostumbraba a festejar a Bismarck? ¿No tienen más bien el aspecto de un sarcasmo? ¿Qué derecho tenía esta generación a festejarlo, si había sido infiel a sus enseñanzas y dejaba caer y destruía su

obra? Era como si valieran para él las palabras con que una vez conjuró al espíritu de Arminio el Querusco, un poeta suabo:

Se dice, pues, que los muertos vuelven,
Hasta que encuentran la paz de su espíritu...
¿Puedes tú descansar y no defenderte,
Allí donde tu sombra se escarnece?

Sin embargo, aunque todo lo demás pudiera fallar, se creía poder confiar con toda seguridad sobre una institución: el ejército. No era sólo grande y fuerte; era considerado en todo el mundo como el más perfecto en su género; en él se corporizaba todo lo que había en el pueblo de fuerza, capacidad y espíritu de sacrificio. Si alguna vez se nos ofrecía la ocasión de jugar esta carta, la más fuerte de las nuestras, creíamos que podríamos ganar siempre la partida. Por eso, a pesar de toda la grave seriedad de la hora, corrió casi como un suspiro de alivio en el pueblo la llegada de la guerra, ya que se creía inevitable desde hacía años. Finalmente nos colocaban los adversarios allí donde éramos los más fuertes; ¡finalmente podíamos reparar las ofensas que la política había inferido a la dignidad alemana! Con legítima confianza, con la sensación de la propia fuerza y con la conciencia de una cosa justa, Alemania entró en la guerra.

En lugar de la victoria, halló la derrota. No por la superioridad numérica de los enemigos, que no era invencible, si las fuerzas alemanas se hubieran empleado adecuadamente. Pero esto falló.

En realidad, el soldado alemán superó todas las esperanzas y se impuso hasta a la admiración de los enemigos. Lo fuerte, lo alegremente dispuesto al sacrificio y lo inalterablemente fiel al deber que fué el pueblo, lo sano

que sigue siendo todavía su núcleo vital, solamente ahora se ha visto claro y ha sido grabado con letras de oro en el libro de la Historia. Hasta un político inglés que nunca nos estimó, Winston Churchill, "extendió a los alemanes un certificado", según el cual lo que ellos realizaron en la Guerra Mundial es bastante para la historia.

Y, sin embargo, la guerra se perdió. Debía perderse, porque en seguida, desde el comienzo, la dirección militar demostró que era incapaz, y después no supo ya compensar las derrotas sufridas; y porque la política no venía en su ayuda; más aún, duplicaba solamente los viejos errores. Mientras el ejército cumplía hazañas heroicas, el gobierno y la representación popular ofrecían el espectáculo desconsolador de una carencia de ideales llena de contradicciones y una vacilación temerosa. Como en tiempos de paz se había descuidado el prepararse con todas las energías para la guerra que se veía venir, no se sabía ahora por qué se hacía ésta. Frente a la consecuencia inexorable de los adversarios, que finalmente supieron obligar a todo el mundo a colaborar para ahogar a Alemania, cedió sucesivamente la resistencia del pueblo, agotado por el hambre y las necesidades de toda clase, y, el final, a pesar de todos los éxitos aislados en el campo de batalla, fué el que debía ser: un desastre completo.

Mas nunca hubiera ocurrido lo peor si un enemigo interno no hubiese dado la mano a los enemigos del exterior. Desde el comienzo de la guerra amenazó al Reich la sublevación de las masas populares extraviadas y traicionadas. Mientras el ejército pareció vencer, el peligro pasó a segundo plano; cuando comenzó a desaparecer la esperanza de la victoria en el campo de batalla, la traición se atrevió a levantar la cabeza: la derrota exterior debía abrir el camino a la revolución interior.

El gobierno del emperador, sin embargo, no tuvo la energía necesaria para apagar la chispa de lenta combustión cuando todavía era tiempo. Retirándose paso a paso, entregaba el timón de la política del Reich al parlamento, que, en su mezquina lucha partidista, tampoco sabía manejarlo. Cuando, después de las llamaradas pasajeras de un fuego de victoria, desde el verano de 1918 no podía ocultarse más el fracaso en el campo bélico, cuando finalmente el mismo alto mando militar debió admitir que daba por perdida la guerra, entonces estalló en todo el Reich la revolución tan largamente preparada. El 9 de noviembre de 1918 se la vió triunfar en la capital.

Ante la rebelión de las masas obreras, el canciller del Reich y los ministros dejaron el campo libre; se proclamó la República; representantes del pueblo, que habían asumido por sí mismos su mandato, se apoderaron del gobierno; el emperador, empujado a la fuga por ministros y generales, abandonó el país y consintió en la abdicación pedida, para ahorrar al pueblo la guerra civil. Así, los enemigos vencedores pudieron poner su planta en la nuca de Alemania: el 12 de noviembre entró en vigor el armisticio, al que hubo de someterse el ejército batido, por cuanto una continuación de la lucha con la revolución a las espaldas parecía imposible. Equivalió a la entrega de las armas. De allí salió siete meses después la paz que las potencias vencedoras impusieron al Reich alemán.

El 28 de junio de 1919, en el Salón de los Espejos del palacio de Versalles, en el mismo sitio donde una vez se proclamó el imperio alemán, fué colocada por los representantes de Alemania la firma extorsionada en un documento que debía preparar el fin de Alemania como gran potencia e impedir para siempre jamás su renacimiento. Mutilada por la separación de Alsacia y Lorena,

Eupen y Malmedy en occidente, la Prusia occidental, Danzig, Posnania, la alta Silesia y Memel en oriente; desarmada, por la limitación de su ejército a un número ridículamente pequeño, por el arrasamiento de sus fortalezas y por la prohibición de defender el territorio limítrofe al Rin; recargada además con exorbitantes tributos por tiempo indefinido, Alemania se vió precipitada de nuevo a la más profunda impotencia e incapacidad defensiva, como nunca se había conocido, y al mismo tiempo rodeada en el este y en el oeste por vecinos enemigos, que no disimulaban que su propósito era la apropiación de otras tierras alemanas. De nuevo, como en los tiempos que se creían superados para siempre, el porvenir de Alemania se hallaba debajo de la espada de Damocles de la repartija.

Este reparto estaba proyectado. Sólo tras máxima resistencia cedió Francia, en las negociaciones de las condiciones de paz, a la oposición de Inglaterra y de los Estados Unidos. La finalidad francesa había sido la frontera del Rin, y para poderla asegurar, la permanente impotencia alemana. Lo primero no se había conseguido, pero no se había abandonado la esperanza de alcanzarlo más tarde. De ahí las exorbitantes cargas que se impusieron a Alemania; por ello su desarme. Se confiaba en que el Reich no podría hacer frente a los pagos venideros y brindaría con ello un pretexto a Francia para transformar la ocupación por quince años de la Renania en una toma de posesión permanente, lo que una Alemania desarmada no hubiera podido impedir.

Los años siguientes, constituyen un horrible recuerdo para cada alemán que los ha vivido. La tierra alemana, en manos enemigas, saqueada; la población molestada y torturada por todos los medios, entregada al capricho de las autoridades de ocupación y a todos los excesos de las

tropas, entre las que había negros, marroquíes y otros semisalvajes, que podían permitirse todo impunemente: la frase hecha de "ignominia negra", tenía un sentido demasiado bueno aún. Circunstancias hubo, en que hombres de honor entre los oficiales norteamericanos e ingleses, se avergonzaron. "Parecía verdaderamente —reconoció uno de ellos más tarde— que no había límites para los actos diabólicos que caracterizan al militarismo cobarde", y las víctimas inmoladas se cuentan por centenares. La Renania y el territorio del Ruhr, donde Francia extendió en 1923 la ocupación durante casi tres años con pretextos insignificantes, para apoderarse de las minas de carbón, tuvieron que soportar entonces cosas que en Europa no se habían oído ya desde hacía siglos.

Alemania, sin embargo, debía contemplar cómo sus ciudadanos eran torturados en la zona ocupada sin poder correr en su ayuda. Ella también había sido entregada al capricho enemigo; debió durante años, resignarse a que oficiales extranjeros investigaran por doquiera en procura de armas escondidas y de uniones secretas de lucha, y en cada ocasión debía temer la invasión de tropas adversarias. Si en este lugar nos acordamos de esto, no lo hacemos para alimentar un sentimiento de venganza —no hay nada tan estéril como la venganza— sino para que no caiga en olvido lo que puede implicar una guerra perdida.

Entonces se necesitaba una fe muy fuerte para no dudar del futuro de Alemania. No había lugar para la menor esperanza, de acuerdo con la apreciación humana. Parecía imposible imaginar que el pueblo se levantara por su propia fuerza y rompiera las cadenas; igualmente imposible que otros le ayudaran. La alianza de las grandes potencias enemigas pareció sobrevivir a la guerra; también en la paz, que no era más que una continuación de la guerra

por otros medios, Alemania estaba sola contra todo el mundo.

Precisamente en eso estaba, sin embargo, un germen de esperanza. Si hubiera tenido que enfrentarse solamente con un adversario que hubiera sido lo bastante fuerte para abatir al Reich alemán sin ayuda extraña, o si los adversarios hubieran tenido unidad absoluta de intenciones, hubiéramos debido enterrar todas las esperanzas. Pero la coalición a la que estábamos sometidos no constituía una firme unidad; sus miembros no tenían ni de lejos las mismas aspiraciones. El pensamiento oculto francés no era ni compartido ni aprobado en Inglaterra y en América; los Estados Unidos, que habían decidido la guerra, se separaron de los aliados ya antes de la firma de la paz; su presidente, cocreador de la paz de Versalles, fué renegado por su pueblo, que se negó a ratificar el tratado. Con el correr del tiempo despertó allí y en Inglaterra el sentido del derecho y de la humanidad; aumentaban las voces que tomaban partido por Alemania y exigían una modificación de la paz de Versalles.

Agréguese que las consecuencias de la larga guerra, con el tiempo, se hicieron sentir cada vez más en los países victoriosos; se estableció claramente que las condiciones de paz no podían aportar ningún remedio; más aún, que en ellas había que ver la causa última de la miserable situación general, que se comprobaba en la conmoción de la hacienda pública, la paralización económica y la desocupación, y que llevó a Francia, en breve tiempo, a la completa desvalorización monetaria.

Finalmente aparecieron también los naturales conflictos de intereses entre las potencias vencedoras; su frente se aflojó, revelando grietas y hendiduras por las que penetró un destello de esperanza.

Tal vez hubiera sido posible extraer de esto ya antes y en mayor medida, una utilidad. Alemania no lo comprendió; la situación en la que la había precipitado la revolución, lo hacía imposible. El Reich, el 11 de agosto de 1919, en una Asamblea Nacional electiva, se había dado una constitución como estado unitario republicano, que, ideada estrictamente según las reglas de la doctrina política liberal - democrática, era completamente impropia para Alemania, especialmente en esa situación del momento. Esa constitución, eternizaba la lucha de los partidos por el poder y debilitaba el poder ejecutivo en una época en que todo lo que importaba era la unidad y la decisión rápida.

No menos funesto era también el hecho de que, en la revolución, había logrado el poder una capa del pueblo que estaba aún mucho menos preparada para sus tareas que la que había gobernado hasta ese momento. Alemania quería ser una República democrático - social; los social-demócratas y demócratas constituían en su representación popular los partidos más fuertes por entonces; se apoderaron de los cargos públicos; el primer presidente de la República fué un social-demócrata: Ebert. Pero ni los unos ni los otros disponían de los hombres que se necesitaban. La democracia burguesa había sido siempre en Alemania tan poco apta para gobernar como la burguesía liberal, cuya bancarrota política sellaron la guerra mundial y su funesto final. Ahora la social-democracia no demostraba ser mejor; tampoco sabía gobernar; tampoco produjo hombres de estado. Un intento de abatir su gobierno con la violencia, fracasó en marzo de 1920 por preparación insuficiente.

El deslizamiento del centro de gravedad más hacia la derecha, con el andar del tiempo, no trajo modificación